

## CAPÍTULO TERCERO

### EL RENOVADO DEBATE SOBRE EL POPULISMO EN LATINOAMÉRICA

A finales de la década de los ochenta, y aún con mayor fuerza a partir de los años noventa, el consenso que habían alcanzado los estudios sobre los *populismos* “clásicos” latinoamericanos —de Germani, Di Tella, Ianni y Cardoso-Faletto— comenzó a debilitarse paulatinamente. Los marcos teóricos que habían servido como sustento y, hasta cierto punto, habían justificado las nociones “acumulativas” de *populismo* —conocidas por conjugar atributos de diversos dominios: sociales, económicos y políticos— serían progresivamente desacreditados.<sup>171</sup> Las críticas recaerían, en primer lugar, sobre aquellas grandes narraciones que, influenciadas por el (*neo*)*marxismo*, otorgaban una centralidad, cuando no una primacía, a las estructuras socioeconómicas sobre los rasgos de tipo político. Asimismo, los nuevos estudiosos se apartarían de aquellas teorías —como las de la *modernización*, del *desarrollo* y la *dependencia*— que establecían una conexión necesaria y mutua entre factores políticos, sociales y económicos para explicar al *populismo*. La defensa doctrinal por la autonomía de la política frente a otras esferas como la economía estimularía la revisión de varios conceptos políticos al interior de las ciencias sociales, entre los que se encuentra la noción misma de *populismo*.

---

<sup>171</sup> Sobre este tema véase: Weyland, Kurt, “Clarificando un concepto cuestionado...”, *cit.*, pp. 11-50; Stavenhagen, Rodolfo, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, *Sociología y Subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, 1981, pp. 15-84; Viguera, Aníbal, “«Populismo» y «neopopulismo» en América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 55, núm. 3, 1993, pp. 49-66; De la Torre, Carlos, “Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos”, en Álvarez Junco, José y González Leandri, Ricardo (comps.), *El populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994, pp. 39-60; Dockendorff, Andrés y Kaiser, Vanessa, “Populismo en América Latina: una revisión de la literatura y la agenda”, *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 24, 2010, pp. 27-58; De la Torre, Carlos, “Introduction: The Evolution of Latin American Populism and the Debates Over Its Meaning”, en Arnson, Cynthia J. y De la Torre, Carlos (eds.), *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, Baltimore-Washington, The Johns Hopkins University and the Woodrow Wilson Center Press, 2013, pp. 1-35.

En segundo lugar, serían cuestionadas las presuntas “condiciones de emergencia” de los fenómenos englobados bajo la categoría en comento, es decir, el conjunto de factores que favorecieron su afirmación y consolidación en los países de América Latina a mediados del siglo XX. Poco a poco sería criticado el carácter determinista que distinguía a las tesis tradicionales, en particular el supuesto vínculo entre *populismo* y determinadas etapas o fases de desarrollo económico y social, como el así llamado proceso de modernización. El *populismo*, al menos en una parte de la literatura, dejaría de ser concebido como el resultado de la conjunción de una serie de condiciones contextuales, entre las que destacan: los procesos de industrialización y urbanización (Germani), la influencia ejercida por los países con economías hegemónicas sobre los países menos desarrollados (Di Tella), la situación de dependencia económica de los países subdesarrollados respecto las potencias internacionales (Cardoso y Faletto) y la “formación de la lucha de clases” (de acuerdo a las tesis de Octavio Ianni) en las sociedades latinoamericanas de mediados del siglo pasado.<sup>172</sup>

En tercer lugar, sería rechazada la inclinación etnocentrista de aquellas teorías —como las de la *modernización*, el *desarrollo* y la *dependencia*— que emplearon el supuesto curso de desarrollo político, económico y social de Europa occidental como parámetro para interpretar (o juzgar) el comportamiento de las sociedades latinoamericanas. En los últimos años, el *populismo* no sería presentado como una anomalía que ilustrara algún “desvío” del camino “normal” (por no decir “natural”) del proceso de desarrollo o modernización occidental.<sup>173</sup>

En cuarto lugar, las evocaciones provenientes de las teorías de la *sociedad de masas* también fueron rebatidas y, por consiguiente, poco a poco abandonadas. Se objetaría, principalmente, la interpretación de los sectores sociales que apoyaron a los líderes (calificados de) *populistas* —Perón, Vargas y Cárdenas— como “masas disponibles” y su comportamiento en

---

<sup>172</sup> Consúltese el capítulo anterior.

<sup>173</sup> Aunque, como se verá más adelante, tales hipótesis serían reformuladas más tarde —sobre todo a partir de los años noventa— por la consideración del *populismo* como una patología o disfunción de los regímenes democráticos contemporáneos, inclusive de los más consolidados, provocado por las transformaciones sociales y económicas a escala mundial: crisis económicas prolongadas, grandes flujos migratorios y procesos de globalización que están alterando la realidad social de los Estados-nación.

términos de irracionalidad y heteronomía.<sup>174</sup> En su lugar, se realizaron no pocos ensayos que han explicado al *peronismo*, por ejemplo, desde la óptica de los actores involucrados en el movimiento y, por tanto, en razón de una participación motivada y activa.<sup>175</sup> La paulatina descalificación de las *teorías de las masas* ha conducido al declino (aunque no sin resistencias) de aquellas interpretaciones del *populismo* como procesos de “incorporación de los sectores populares en la vida pública, en razón de intensas y repentinas movilizaciones sociales” —según las tesis de Gino Germani—<sup>176</sup> dejando atrás la asociación entre *populismo* y movimientos de “masas” conducidos por “élites” para derrocar a las “oligarquías” en el poder, tan presente en los estudios de mediados del siglo pasado.

El examen crítico de las teorías tradicionales sobre los *populismos* “clásicos”, en cierta medida, ha permitido desvincular la noción de *populismo* de muchas otras propiedades de carácter social, económico y hasta histórico que le habían sido atribuidas. Cada vez con mayor frecuencia, se han desechado, o considerado como secundarias, aquellas connotaciones socioeconómicas —que los grandes autores latinoamericanos consideraban como caracteres esenciales— del (así llamado) *populismo* y se ha centrado la atención en sus rasgos de carácter más propiamente político.

## I. NUEVAS TÉCNICAS DE REDEFINICIÓN

Hacia finales del siglo XX la revisión teórica de los enfoques tradicionales fue impulsada por la aplicación del vocablo *populismo* a dos nuevos con-

---

<sup>174</sup> Para una interpretación del *peronismo* en este sentido, consúltese a Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, cap. IX: “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, *cit.*, pp. 310-337.

<sup>175</sup> Entre los trabajos que, refiriéndose al caso argentino, han cuestionado la interpretación de los sectores populares como “masas amorfas y movilizadas”, consúltese a Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, CLACSO, 1983; Torre, Juan Carlos de la, *La vieja guardia sindical. En torno a los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Torre, Juan Carlos, “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, *Desarrollo económico*, vol. 28, núm. 112, 1989, pp. 525- 548; Adelman, Jeremy, “Reflections on Argentine Labour and the Rise of Peron”, *Bulletin of Latin American Research*, vol. 11, núm. 3, 1992, pp. 243-259.

<sup>176</sup> Carlos de la Torre ha evidenciado cómo el enfoque de la “sociedad de masas” ha perdurado entre varios autores latinoamericanos. Véase a Carlos de la Torre, “Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo”, en Weyland, Kurt *et al.*, *op. cit.*, pp. 53-78.

juntos de experiencias, que sugerían, desde los enfoques más diversos, la existencia de similitudes, aunque también de ciertas diferencias, con los *populismos* “clásicos” del pasado. Esta vez la designación recaería sobre varios líderes, y sus respectivos partidos, que llegaron al poder a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, después del derrumbe de los regímenes militares que se habían instaurado en la región. Dichos fenómenos han sido clasificados al interior de la literatura en dos grandes grupos: por un lado, los partidos y regímenes instaurados por Carlos Menem (1989-1999) en Argentina, Fernando Collor de Mello (1990-1992) —quien fuera removido de su cargo mediante juicio político por actos de corrupción— en Brasil y Alberto Fujimori (1990-2000) en Perú.<sup>177</sup> Y por otro, los distintos movimientos y gobiernos instituidos por líderes como Hugo Chávez (de 1999 hasta su fallecimiento en 2013) en Venezuela; Evo Morales en Bolivia (de 2006 a 2019) y Rafael Correa en Ecuador (2007 a 2017), así como el reciente caso de Daniel Ortega en Nicaragua (de 2006 a la fecha).<sup>178</sup>

Desde finales del siglo XX, los estudiosos se enfrentarían a un verdadero desafío conceptual: en primer lugar, porque los nuevos fenómenos calificados de *populistas* “surgeirían” en contextos muy distintos a los procesos de industrialización, urbanización y explosión demográfica —comprendidos en la categoría genérica de *modernización*— que habían sido evidenciados por las corrientes tradicionales. A partir de entonces, se pondría en duda que los fenómenos *populistas* estuviesen estrechamente ligados, no sólo a etapas de desarrollo económico y social específicas sino también a políticas económicas determinadas.<sup>179</sup>

---

<sup>177</sup> Sobre los *populismos* de Menem, Collor y Fujimori destacan: Conniff, Michael L. (ed.), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa-Londres, The University of Alabama Press, 1999; Vilas, Carlos (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, Conaculta, 1999; Torre, Carlos de la y Peruzzotti, Enrique (eds.), *op. cit.*

<sup>178</sup> Para un estudio sobre los *populistas* contemporáneos véase: Cammack, Paul, “The Resurgence of Populism in Latin America”, *Bulletin of Latin American Research*, vol. 19, núm. 2, 2000, pp. 149-161; De la Torre, Carlos, *Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience*, Atenas, Ohio University Press, 2000; Roberts, Kenneth M., *Repoliticizing Latin America: The Revival of Populist and Leftist Alternatives*, Woodrow Wilson Center Update of the Americas, 2007, pp. 1-12; De la Torre, Carlos (ed.), *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*, Kentucky, The University Press of Kentucky, 2015; Weyland, Kurt, “Latin America’s Authoritarian Drift, the Threat from the Populist Left”, *Journal of Democracy*, vol. 24, núm. 3, noviembre-julio de 2013, pp. 20-32; Arnson, Cynthia y Torre, Carlos de la (eds.), *op. cit.*

<sup>179</sup> La desvinculación del *populismo* respecto de ciertas condiciones contextuales y proyectos económicos determinados tiene su origen en la discusión suscitada alrededor de las

Las reflexiones sobre los movimientos y partidos *populistas* de finales de siglo, además de abonar a la ruptura de consenso en torno a los marcos teóricos tradicionales, generarían nuevas interrogantes sobre el significado mismo del término *populismo*. ¿Qué experiencias pueden ser sensatamente calificadas como *populistas* y a partir de qué criterios? ¿Cuáles son —si es que existen— los puntos de contacto entre las experiencias más recientes y las del pasado?

Para responder a estas interrogantes se han planteado diversas salidas. En líneas generales, al interior de la prolífica y variada literatura latinoamericana, pueden identificarse dos grandes enfoques. Por una parte, se encuentran aquellos trabajos que, con algunas variaciones, siguen comprometidos o, bien, continúan evocando algunas de las grandes narraciones de los años 60 y 70, en especial las formuladas por Gino Germani. No obstante, como se verá más adelante, ese tipo de caracterizaciones terminan por reiterar las confusiones cimentadas por los grandes escritores de mediados del siglo XX a partir de los marcos teóricos de aquella época.<sup>180</sup>

---

experiencias de Collor de Melo (Brasil), Menem (Argentina) y Fujimori (Perú), conocidos en la literatura con el nombre de *neopopulismo*. En primer lugar, porque los nuevos líderes (calificados de) *populistas* emprenderían proyectos económicos completamente diferentes a los asociados a los *populismos* “clásicos”. Mientras que los gobiernos de Perón, Vargas y Cárdenas se caracterizaron por promover la intervención estatal en la economía, la implementación de medidas proteccionistas del mercado interno y la promoción de políticas redistributivas, Menem, Collor y Fujimori emprenderían políticas tendentes a la desregulación económica, la apertura de las fronteras nacionales a la importación extranjera y la flexibilización de la legislación laboral, políticas todas que comúnmente son identificadas con una posición ideológica neoliberal. Sobre la relación entre el término *populismo* y el *neoliberalismo* véase: Roberts, Kenneth M., “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano”, en Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto (comps.), *op. cit.*, pp. 375-408; Weyland, Kurt, “Neo-populism and Neo-Liberalism in Latin America: Unexpected Affinities”, *Studies in Comparative International Development*, vol. 31, núm. 3, 1996, pp. 3-31; Weyland, Kurt, “Neoliberal Populism in Latin America and Eastern Europe”, *Source Comparative Politics*, vol. 31, núm. 4, julio de 1999, pp. 379-401; Weyland, Kurt, “Populism in the Age of Neoliberalism”, en Conniff, Michael L. (ed.), *Populism in Latin America, cit.*, pp. 172-190; Roberts, Kenneth M., “Latin America Populist Revival”, *Sais Review*, vol. 27, núm. 1, 2007, pp. 3-15.

<sup>180</sup> Un ejemplo paradigmático es el ensayo de Hennesy, Alistair, *op. cit.* Además, podrían ubicarse en esta categoría los siguientes: Vilas, Carlos M., “El populismo latinoamericano: un enfoque estructural”, *Desarrollo Económico*, vol. 28, núm. 111, octubre de 1988, pp. 323-352; Vilas, Carlos M., “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del «neopopulismo» latinoamericano”, *Revista de Sociología y Política*, núm. 22, 2004, pp. 135-151; Roberts, Kenneth M., “Latin America’s Populist Revival”, *cit.*, pp. 3-15.

Por otro lado, se encuentran los trabajos de quienes han planteado definiciones “mínimas” de *populismo*, y que pueden ser clasificadas, a su vez, entre aquellas que otorgan una prioridad a la dimensión económica y aquellas cuyo dominio prevalente es el político. Desde la primera, el término *populismo* es usado como sinónimo de políticas económicas intervencionistas y redistributivas,<sup>181</sup> las cuales han sido duramente criticadas por los economistas neoliberales por generar inflación e indisciplina fiscal. A partir de la década de los ochenta, algunos economistas han asociado el término *populismo* con regímenes económicos que, al mismo tiempo que enfatizan el crecimiento y la distribución del ingreso de los estratos menos favorecidos, descuidan los peligros de inflación y déficit fiscal provocados por la intervención estatal, ignoran las reglas económicas del mercado internacional y acotan el papel del sector privado en la economía.<sup>182</sup> Resulta evidente, sin embargo, que así entendida, la noción de “populismo” es prejuiciada desde un punto de vista ideológico.

Desde las corrientes que alimentan la interpretación propiamente política, *populismo* ha sido definido indistintamente como un “estilo de liderazgo” (carismático y/o demagógico), una “estrategia de comunicación” (desintermediada), una “forma discursiva” (de articular *lo* político) e, incluso, una “ideología” política (aunque en sentido amplio o débil). Sobresalen aquellos enfoques que subrayan la importancia del lenguaje político en el estudio de los fenómenos sociales, incluyendo el del *populismo*. Si bien es posible reconocer las distintas propuestas de redefinición, los confines entre ellas no son, en algunos casos, tan claros y netos. Esto ocurre especialmente —como se verá más adelante— entre la tesis discursiva y aquella que define *populismo* como una ideología política. En realidad, uno de

---

<sup>181</sup> Es evidente que para quienes identifican el término *populismo* con políticas económicas intervencionistas y redistributivas, *populismo* y neoliberalismo son dos conceptos antagónicos, en tanto que representan proyectos económicos abiertamente divergentes. Para Kaufman y Stallings no cabe duda que las políticas de libre mercado promovidas por Fernando Collor de Mello en Brasil representaron un proyecto “antipopulista”. Cfr. Kaufman, Robert R. y Stallings, Barbara, “The Political Economy of Latin American Populism”, en Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastián, *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, p. 33.

<sup>182</sup> Además del multicitado libro editado por Dornbusch y Edwards, consúltese también el texto de Sachs, Jeffrey D., *Social and Populist Policies in Latin America*, San Francisco, ICS Press, 1990. Las limitaciones de la interpretación “economicista” han sido abordadas por Cardoso, Eliana y Heiwege, Ann, “Populism, Profligacy and Redistribution”, en Dornbusch, Rudiger y Edwards, Sebastián, *op. cit.*

los méritos de la primera es haber dilucidado la visión de la lucha política presentada por el imaginario *populista*. De acuerdo con esta perspectiva —en la que no faltan las evocaciones a las corrientes (*neo*)marxistas— el término *populismo* sería eficazmente empleado para denotar una especie de “estilo discursivo” caracterizado, principalmente, por representar la esfera social como un campo antagónico e irreconciliable entre el “pueblo” y “el bloque de poder” (o dominante). A partir de esta tendencia, el movimiento liderado por Hugo Chávez (Venezuela), por ejemplo, se parece a los *populismos* “clásicos” de Perón (Argentina), Vargas (Brasil) por su construcción maniquea de la política y de la sociedad como una lucha entre el “pueblo”, encarnado en su líder, y todo aquello contrario a él, empezando por la “oligarquía” y sus opositores. Igualmente, el *chavismo* compartiría con los *populistas* del pasado un ferviente nacionalismo y antimperialismo, así como la glorificación de la soberanía popular.<sup>183</sup> Sobre este tipo de formulaciones es posible referir a varios estudiosos, aunque la mayor parte se remiten al trabajo de Ernesto Laclau,<sup>184</sup> uno de los autores más influyentes en las reflexiones latinoamericanas desde los años setenta y hasta nuestros días. Para Laclau, el *populismo* constituye precisamente una manera de articular lo *político*, que se resuelve, entre otras cosas, en un conflicto irreductible entre el “pueblo” y las clases dominantes.<sup>185</sup> Lo que me interesa acentuar por el momento es que, para que un discurso pueda ser sensatamente calificado como *populista* no basta con apelar al “pueblo”, hay que hacerlo en oposición a otro ente (externo o interno) y

<sup>183</sup> De la Torre, Carlos, “Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”, *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, 2003, p. 60.

<sup>184</sup> Laclau sienta las bases de su teoría sobre *populismo* desde sus primeros escritos que datan de los años setenta, aunque lo hace dentro de un horizonte teórico más amplio en el que intentaba renovar algunos presupuestos del pensamiento marxista, empezando por el papel del proletariado y el concepto mismo de clase. Sería en la obra *La razón populista* donde expondría de manera acabada su teoría sobre *populismo*, quizá la más conocida y comentada en nuestros días. Consúltese: Laclau, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista, capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, 1978; Laclau, Ernesto, “Populismo y transformaciones del imaginario político en América Latina”, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 42, 1987, pp. 25-38; Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2005.

<sup>185</sup> En esta corriente podrían ser ubicados también los textos de Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, críticos de Laclau, y destacados por estudiar al *populismo* desde un plano discursivo. De Ipola, Emilio, *cit.*; De Ipola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos, *op. cit.* Véase también Carlos Aboy, quien aplica las categorías de Ernesto Laclau a las experiencias *populistas* en Argentina. Aboy Carlés, Gerardo, “Repensando el populismo”, *cit.*

potenciar ese antagonismo: otro país, otro líder nacional, una potencia económica extranjera, una minoría interna, a los cuales pueda atribuírseles la culpa de los males o malestares del “pueblo”.

Las definiciones “mínimas”, sin embargo, tampoco están exentas de controversias. Éstas generalmente son acusadas de reducir la complejidad de los fenómenos *populistas* a una de sus partes constitutivas.<sup>186</sup> En efecto, la principal crítica hacia los conceptos “mínimos” es que transforman un fenómeno complejo y multidimensional, según el uso predominante del término, en uno de tipo unidimensional (ya sea político, económico o discursivo) “despojándolo” o “purgándolo” de sus otros contenidos esenciales.<sup>187</sup>

La polémica interior, antes que allanar el camino para el consenso, ha aumentado los desacuerdos conceptuales. Los estudiosos, inspirados en las más variadas aproximaciones teóricas, han enfatizado atributos divergentes como características distintivas de los casos englobados bajo el lema *populismo*. No falta quien sigue conceptualizando la noción *populismo* como un paquete de características socioeconómicas, aunque variando el listado de atributos propuestos por los grandes escritores de mediados del siglo pasado. Como hemos visto, esto es particularmente evidente en aquellos trabajos que muestran una proximidad con las tesis tradicionales.

Para ejemplificar esta técnica de (re)definición es útil la propuesta de Kenneth Roberts. Este autor ofrece un concepto múltiple (como él lo llama) de *populismo* integrado por los siguientes cinco rasgos fundamentales:

- i) un patrón personalista y paternalista, aunque no necesariamente carismático, de liderazgo político; ii) una coalición política policlasista, heterogénea concentrada en los sectores subalternos<sup>188</sup> de la sociedad; iii) un proceso de movilización política de arriba hacia abajo, que pasa por alto las formas institucionalizadas de mediación o las subordina a vínculos más directos entre el líder y las masas; iv) una ideología amorfa o ecléctica, caracterizada por un discurso que exalta los sectores subalternos o es *anti-elitista* y/o *antiestablishment*, y v) un proyecto económico que utiliza métodos

<sup>186</sup> Cfr. Vilas, Carlos M., “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas?...”, *cit.*, p. 138.

<sup>187</sup> Cfr. Aboy Carlés, Gerardo, *op. cit.*, p. 88.

<sup>188</sup> Roberts afirma que la noción de “sectores subalternos” es más apropiada que la de “clases trabajadoras” referida en las tesis tradicionales, dada la creciente informalidad y heterogeneidad de la fuerza laboral y la disminuida centralidad política de los trabajadores organizados en América Latina. Cfr. Roberts, Kenneth M., “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina...”, *cit.*, p. 381.



redistributivos o clientelistas ampliamente difundidos con el fin de crear una base material para el apoyo del sector popular.<sup>189</sup>

El problema de formulaciones como éstas es que, al mantener un compromiso con las teorías tradicionales de *populismo*, siguen estudiando a los partidos y líderes calificados con ese nombre a partir de los contextos en que éstos surgen, las bases sociales que los sustentan y el tipo de políticas sociales y económicas que emprenden una vez llegados al poder.<sup>190</sup> Por tal motivo, no es raro encontrar resistencias para otorgar el rótulo de *populista* a aquellos actores que en los años noventa sustentaron políticas económicas neoliberales como Carlos Menem o Alberto Fujimori, en abierta

---

<sup>189</sup> *Idem*. Es importante observar desde ahora que —a pesar de que Roberts insista en los atributos de tipo económico, y que constituye el tema central de su ensayo— los elementos que componen su listado son prevalentemente de tipo político. El vocabulario empleado por Roberts es muy similar al de los teóricos latinoamericanos de mediados del siglo XX. Sin embargo, al mismo tiempo, nos ofrece las nociones políticas en torno a las que gira la mayoría de los ensayos sobre *populismo* en nuestros días: un liderazgo “personalista” y “carismático”, el “contacto directo” entre el líder y sus seguidores, o bien, la ausencia de formas institucionalizadas de mediación política y una “ideología” de carácter “antielitista” o *antiestablishment*.

<sup>190</sup> Para quienes sostienen esta línea interpretativa las diferentes “olas” *populistas* se diferencian entre sí por los distintos contextos socioeconómicos en que emergieron y las políticas económicas que implementaron: los movimientos y regímenes agrupados con la etiqueta de *populismos* “clásicos” son asociados al desplazamiento de regímenes económicos agroexportadores y a la implementación del modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Por su parte, los movimientos y gobiernos de Collor, Menem y Fujimori, comprendidos bajo el nombre de “neopopulismos”, son explicados como una respuesta a la crisis económica de los años ochenta y se distinguen (en abierto contraste con sus antecesores) por la promoción de reformas de libre mercado aprobadas por órganos económicos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que más tarde se extenderían a lo largo de la región latinoamericana. A su vez, las experiencias de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa, los así llamados “populismos progresistas”, son interpretados como una reacción a los efectos negativos de los modelos económicos de corte neoliberal promovidos a fines del siglo XX —las altas tasas de desempleo, la caída de los ingresos, la crisis de los sistemas públicos en rubros de atención a la salud, la educación y a la seguridad social— y conocidos por la implementación de medidas tendentes a combatir la pobreza y los altos índices de desigualdad económica y social. Para este tipo de formulaciones véase: Roberts, Kenneth M., “El resurgimiento del populismo latinoamericano”, *cit.*, pp. 55-73; Vilas, Carlos M., “Democracias conflictivas o el alegado resurgimiento populista en la política sudamericana”, *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, vol. 1, núm. 135, 2011, pp. 32-56. Véase también Roberts, Kenneth M., “Latin American’s Populist Revival”, *cit.*

oposición a las políticas intervencionistas y redistributivas emprendidas por los *populistas* “clásicos”; Cárdenas, Vargas y Perón.<sup>191</sup>

Pero de nueva cuenta ¿cuáles son los factores comunes entre los diversos movimientos y regímenes tomados en consideración? Sorprendentemente, es muy poco (por no decir muy pobre) el espacio dedicado para responder a estas interrogantes. Los estudiosos han orientado sus reflexiones hacia el carácter “innovador” de las experiencias identificadas con ese nombre a partir de los años noventa, pero prácticamente nada sobre las semejanzas entre ellas que ameritaría considerarlas dentro de una misma categoría. De la revisión de los textos monográficos y comparativos sobre el tema pareciera que lo único que tienen en común los fenómenos de mediados y finales del siglo XX es haber sido promovidos por líderes carismáticos y demagógicos que contaban con un amplio respaldo popular.

## II. REDEFINICIÓN POLÍTICA DEL POPULISMO

Como se ha dicho antes, a finales del siglo pasado varios autores han cuestionado y paulatinamente abandonado aquellas grandes narraciones que explicaban los casos (reunidos bajo el nombre) de *populismo*, a partir de una serie de factores socioeconómicos contextuales. A partir de entonces, la noción de *populismo* ha sido redefinida principalmente en términos políticos. La premisa de este tipo de propuestas es que, sin negar la complejidad de las experiencias comúnmente (calificadas de) *populistas*, es oportuno, además de posible empíricamente, estudiarlas como fenómenos de carácter político antes que de tipo social y económico.<sup>192</sup>

Afirmar que la noción de *populismo* puede ser oportunamente redefinida y utilizada como una categoría política implica considerarla una noción relativa a la esfera de la competencia y ejercicio del poder al interior de una colectividad determinada. De esta manera, el *populismo* tiene que ver con patrones de comportamiento y legitimación política, y no con la distribución de beneficios o pérdidas socioeconómicas. La razón que justifica esta perspectiva es simple: las palabras “populismo” y “populista”

<sup>191</sup> Cfr. Di Tella, Torcuato, “Populism into the Twenty-first Century”, *cit.*

<sup>192</sup> De acuerdo con Kurt Weyland, una de las virtudes de las redefiniciones de *populismo* como concepto de un solo dominio —en este caso la esfera de la política— es que deja abierta a la investigación empírica la relación entre factores políticos y socioeconómicos, en lugar de estipularlos *a priori*. Weyland, Kurt, “Clarificando un concepto cuestionado...”, *cit.*, p. 42.

siempre han sido empleadas para denotar líderes, movimientos y partidos que contienden por el poder político, así como para calificar el tipo de regímenes que instauran cuando éstos llegan al poder. En efecto, las definiciones políticas de *populismo* centran la atención en la forma en que los líderes y los partidos calificados con ese nombre compiten, ganan y ejercen el poder político. Pero ¿qué características políticas en común tienen los líderes y movimientos (o partidos) promovidos por personajes como Perón (Argentina), Fujimori (Perú) y Chávez (Venezuela)? ¿Cuáles son los rasgos compartidos entre los regímenes políticos que dichos dirigentes instauraron al llegar al poder?

La primera perplejidad es que, incluso reduciendo el vocablo *populismo* a una categoría política, persisten las dificultades para discernir los rasgos distintivos de las experiencias englobadas bajo el nombre *populismo*. En los últimos años, los intentos de redefinición se han multiplicado. Los trabajos más comunes han reformulado la noción de *populismo* como una doctrina, un estilo, una estrategia y una ideología políticos.

### 1. *Populismo y demofilia*

En uso más general, la palabra *populismo* refiere a toda tendencia política que se propone la defensa de los intereses y aspiraciones del “pueblo”. Esta es la definición primaria que encontramos en la mayoría de los diccionarios.<sup>193</sup> Así entendido, el significado de *populismo* no distaría mucho del de *demofilia* que significa literalmente “amor al pueblo”. Sin embargo, se trata de una acepción meramente aproximativa y demasiado intuitiva, puesto que a partir de esta caracterización, casi cualquier discurso político podría ser interpretado como *populista*: “basta que un dirigente manifieste obrar a favor del pueblo o que simplemente invoque su nombre con cierto énfasis y persistencia para que inmediatamente sea calificado de *populista*. ¡¿Qué dirigente político puede sustraerse entonces del lanzamiento de este epíteto des/calificador?!”.<sup>194</sup> Si bien es cierto que el apelo al “pueblo” ocupa un lugar central en los fenómenos calificados con ese nombre, no toda reivindicación del “pueblo” transforma auto-

<sup>193</sup> Consúltense la voz “Populismo”, *Enciclopedia Espasa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990 y la voz prevista en el *Diccionario de la Real Academia Española*, disponible en: <https://dle.rae.es/?id=IjyMi6t>.

<sup>194</sup> Aboy Carlés, Gerardo, *op. cit.*, p. 88.

máticamente a un discurso político en *populista*. Seguramente, el *populismo* tiene que ver con un *set* de ideas en el que la exaltación del “pueblo” tiene un lugar relevante, sin embargo, tomado de manera aislada, parece insuficiente para comprender la naturaleza política del mismo.

## 2. *Populismo: un estilo político*

*Populismo* también suele ser entendido como un “estilo” singular de conducción política. Desde esta perspectiva *populismo* hace referencia a una forma de liderazgo que logra un amplio consenso entre la población —generalmente de aquella menos favorecida social y económicamente (real, percibida como tal)— a la cual es muy común añadir una serie de calificativos como carismático, demagógico, personalista y paternalista. En efecto, quienes definen *populismo* como un “estilo político” tienden a subrayar las cualidades personales de los líderes (calificados de) *populistas* para seducir a sus seguidores, y sus habilidades, como su extraordinaria capacidad oratoria, para obtener el favor popular. Dos ideas que corresponden vagamente a las nociones de carisma y demagogia respectivamente.<sup>195</sup> Sin embargo, como se verá en seguida, a pesar de ser dos nociones estrechamente vinculadas a la de *populismo*, no son categorías completamente superponibles o sustituibles a esta última.

En las últimas décadas, en particular en el lenguaje corriente, *populismo* suele ser empleado de manera peyorativa como sinónimo de demagogia, un epíteto que sirve para calificar de manera negativa el modo de hacer política de aquel que invoca los temores difusos y emociones básicas de la gente, al mismo tiempo que propone soluciones irresponsables, irrealles y simplistas para resolver los problemas sociales.<sup>196</sup> En efecto, cuando

---

<sup>195</sup> Cfr. Panizza, Francisco, “Introducción. El populismo como espejo de la democracia”, en Panizza, Francisco (coord.), *El populismo como espejo de la democracia*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 35-38. Las asociaciones de las nociones carisma y demagogia con la de *populismo*, tampoco es rara en la literatura europea. Cfr. Tarchi, Marco, “Cosa è il populismo?”, *Trasgressioni*, vol. XXI, núm. 2-3, 2006, p. 77; Chiapponi, Flavio, “Un tema controverso: il neo-populismo”, *Trasgressioni*, vol. XXIII, 2008, p. 127; Tranfaglia, Nicola, *Populismo. Un carattere originale nella storia d'Italia*, Roma, Castelecchi, 2014, p. 26-31; Pierre-André, Taguieff, *op. cit.*, pp. 19-22.

<sup>196</sup> Losano, Mario G., “Populismo e giustizialismo: significati diversi in Italia e in Sudamerica”, *Teoria Politica*, vol. XIX, núm. 1, 2003, p. 6. Cass Mudde, en sus reflexiones sobre el *populismo* europeo, advierte que en el debate público hay dos interpretaciones dominantes —no excluyentes entre sí— sobre *populismo*: la primera refiere a discursos altamente emo-

se habla de *populismo* en este sentido se hace hincapié en la tendencia de los actores *populistas* (o calificados con ese nombre) de hacer promesas, difíciles de cumplir o imposibles de mantener, relacionadas comúnmente a (aquellas que son interpretadas como las) exigencias más elementales e inmediatas de la población.<sup>197</sup> Como sabemos, la palabra demagogia tiene un origen aún más antiguo.<sup>198</sup> En su acepción más amplia (y literal) demagogia denota una práctica política para ganar el favor popular por medio de halagos y el apelo a los prejuicios, emociones y creencias de la gente. Aristóteles define al demagogo precisamente como un “adulador del pueblo”, “el demagogo dice al pueblo aquello que el pueblo quiere oír” (*Política*, V, 133b). La singular eficacia de la prosa demagógica reside en que es construida a partir del sentido común, de la repetición segura de lo conocido, sin jamás poner en discusión las opiniones difusas. La

---

cionales y simplistas con miras a exacerbar los “sentimientos más viscerales” de la gente. La segunda refiere políticas oportunistas con el objetivo de complacer (rápidamente) a la gente/votantes y así “comprar su apoyo”. Mudde, Cas, “The Populist Zeitgeist”, *Government and Opposition*, vol. 39, núm. 4, 2004, p. 542.

<sup>197</sup> De acuerdo con Benjamín Arditi: “En el uso más intuitivo del término, el *populismo*, nuevo y viejo, es una etiqueta aplicada a los políticos que complacen a las masas, difíciles de distinguir de los demagogos, que harían todo tipo de promesas, sin importar cuán difíciles de cumplir ellas sean, en tanto y cuanto contribuyan a su causa, y que ajustarán descaradamente los procedimientos legales y arreglos institucionales para adaptarlos a sus necesidades”. *Cfr.* Arditi, Benjamin, “El populismo como periferia interna de la política democrática”, en Panizza, Francisco (comp.), *op. cit.*, p. 103. En esta misma línea interpretativa Nicola Tranfaglia afirma: “El populismo, entendido como la capacidad de seducir a las masas diciéndoles exactamente lo que quieren escuchar, y sin tener que implementar un programa preciso o dictado por alguna ideología previa (una forma de gobernar que caracterizó a los siglos anteriores al siglo XXI) tiene —por así decirlo— la flexibilidad para satisfacer las necesidades y deseos del pueblo”. Tranfaglia, Nicola, *op. cit.*, pp. 5 y 6. Sobre la relación entre *populismo* y demagogia, véase también Álvarez Junco, José (ed.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987.

<sup>198</sup> En el lenguaje actual prevalecen dos usos del término demagogia: la primera aura semántica refiere a una práctica típica de la acción política, referente a la capacidad de un sujeto para influir en un segundo sujeto condicionando su comportamiento, a través de la apelación a prejuicios, emotividad, creencias cimentadas y resumidas en juicios estereotipados. El segundo uso refiere, en cambio, a una “forma de gobierno” o degeneración del régimen democráticos, que se refleja en la obra de Aristóteles (*Política*, Libro IV) y Platón (Gorgias y Leyes). Sobre este punto consúltese a Moliterno, Lucilla Guendalina, *Alle origini della demagogia. La costruzione di una categoria politica* (tesis de doctorado), Turín, Università degli studi di Torino, 2016, pp. 63 y ss. Zucchini, Giampaolo, “Demagogia” en Bobbio, Norberto *et al.* (eds.), *Dizionario di Politica*, Turín, UTET, 2004, pp. 230 y 231.

fuerza del discurso demagógico reside en la fuerza de los estereotipos y de los lugares comunes que se imponen como obviedad a todos.<sup>199</sup> De manera que la retórica *populista* no sería nada novedosa ni original. Desde su invención, la democracia ha sido asediada por la manipulación de los demagogos que halagan las pasiones básicas del pueblo para dar curso a su poder personal. De esto estaba convencido Weber, para quien “democratización y demagogia van de la mano”, sobre todo en la época de la política de masas, donde los líderes políticos compiten entre ellos para conquistar el favor de las clases más humildes y menos educadas.<sup>200</sup> Sin embargo —advierte Valentina Pazé— si asumimos que la demagogia es “el arte de seducir discursivamente al pueblo”, podríamos considerarla como un ingrediente del *populismo*, pero sólo *uno* de entre otros elementos. La demagogia es un concepto político antiguo, mientras que *populismo* es una noción moderna, por lo que no tendría sentido calificar como *populista* a cualquier líder que adopte actitudes o discursos demagógicos, si no queremos “diluir” excesivamente el concepto, haciéndolo inservible.<sup>201</sup>

Por otra parte, es una afirmación consolidada que el liderazgo carismático es una característica típica de las formaciones (calificadas como) *populistas*. Loris Zanatta considera justamente que el liderazgo carismático es uno de los atributos que une a Juan Domingo Perón —quizá el líder *populista* más estudiado— con otros primeros mandatarios latinoamericanos de mediados del siglo XX.<sup>202</sup> El liderazgo carismático debe ser entendido, según el autor, no tanto como un conjunto de “dotes extraordinarias” o una especie de “aura divina” que caracterizaría a la familia de líderes *populistas*, sino como una relación singular que se genera entre estos últimos y sus seguidores en la que “el líder no se limita a reflejar la voluntad y los humores de «su» pueblo, sino, además, lo plasma, lo

---

<sup>199</sup> Para una reflexión más profunda sobre las resonancias semánticas entre *populismo* y demagogia remito a Pazé, Valentina, “La demagogia, ieri e oggi”, *Meridiana*, núm. 77, 2013, pp. 67-81 [trad. esp. “La demagogia, ayer y hoy”, *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 13, núm. 30, 2016, pp. 113-132]; Pazé, Valentina, “Il populismo come antitesi della democrazia”, *Rivista Teoria Politica*, Nuova Serie, Annali VII, 2017, pp. 111-125.

<sup>200</sup> Weber, Max, *Parlamento e governo. Per la critica politica della democrazia e del sistema dei partiti*, ed. de F. Fusillo, Roma-Bari, Laterza, 1993, p. 196. Citado por Pazé, Valentina, “La demagogia, ieri e oggi”, *cit.*

<sup>201</sup> Pazé, Valentina, “Il populismo come antitesi della democrazia”, *cit.*, p. 116.

<sup>202</sup> *Cfr.* Zanatta, Loris, “Io, il popolo. Note sulla «leadership» carismatica nel populismo latinoamericano”, *Ricerche di storia politica*, núm. 3, 2002, pp. 431-440.

manipula, e influencia sus «orientaciones normativas»<sup>203</sup>. De modo que las expectativas y motivaciones de los simpatizantes son tan importantes como las cualidades y actitudes del líder para ejercer su influencia sobre los primeros.<sup>204</sup>

Recordemos que el concepto de carisma ha sido formulado por Weber como una de las tres formas de poder legítimo (*Herrschaft*), junto a los poderes legal y tradicional.<sup>205</sup> De acuerdo con el análisis clásico de Weber hay tres tipos de motivaciones que fundamentan las relaciones de comando-obediencia entre los individuos. En el caso del poder carismático, el motivo de obediencia se basa en la creencia de las “dotes extraordinarias” del líder. Quienes reconocen las cualidades excepcionales del líder reconocen, al mismo tiempo, el deber (casi la necesidad) de seguirlo.<sup>206</sup> En

---

<sup>203</sup> La expresión “orientaciones normativas” pertenece a Etzioni, Amitai, *A Comparative Analysis of Complex Organizations*, Nueva York, Free Press, 1975. Citado por Zanatta, Loris, *op. cit.* p. 433.

<sup>204</sup> El carisma de un líder *populista* debe ser complementado con las evaluaciones de los seguidores “respecto al modo en que ese liderazgo satisface sus expectativas y por el modo en que valora el contenido del intercambio que tiene con ese liderazgo”. El carisma es una cualidad percibida por otros; “una construcción social que depende de lo que los seguidores perciban y de las expectativas y demandas que tengan”. Por tanto, resulta conveniente no confundir la imagen del líder —la que el tiene de sí mismo, o la que tiende a acreditar— con la idea que los seguidores se forman de su líder. Freidenberg, Flavia, *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*, Madrid, Síntesis, 2007, pp. 32 y 33.

<sup>205</sup> Según Weber, el poder legítimo (*Herrschaft*) se entiende como aquel poder, distinto de la mera fuerza (*Macht*), que logra determinar el comportamiento de los miembros de un grupo social emitiendo mandatos que son obedecidos habitualmente en cuanto su contenido es tomado como máxima de conducta. Los tres tipos puros o ideales de poder legítimo son, de acuerdo con Weber, el poder tradicional, el poder legal-racional y el poder carismático, cada uno de los cuales representa los tres tipos diferentes de motivaciones por las que se forma esa relación estable y continua de mando-obediencia que distingue al poder político. Como explica Norberto Bobbio, “en el poder tradicional, el motivo de la obediencia (o lo que es lo mismo, la razón por la que el mandato tiene éxito) es la creencia en la sacralidad de la persona del soberano, sacralidad que deriva de la fuerza de lo que dura, de lo que siempre ha sido y, en cuanto siempre ha sido, no hay razón para cambiarlo; en el poder racional, el motivo de la obediencia deriva de la creencia en la racionalidad del comportamiento conforme a las leyes, esto es, a normas generales y abstractas que instituyen una relación impersonal entre gobernante y gobernados; en el poder carismático, por la creencia en las dotes extraordinarias del jefe”. *Cfr.* Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 126.

<sup>206</sup> De acuerdo con Taggart, el liderazgo carismático juega un papel muy importante en los movimientos populistas; el “populismo requiere que los más extraordinarios individuos guíen a la gente más ordinaria”. Taggart, Paul, *op. cit.*, p. 11.

palabras de Weber: “en el caso de la autoridad carismática se obedece al caudillo carismáticamente calificado por razones de confianza personal en la revelación, heroicidad o ejemplaridad, dentro del círculo en que la fe en su carisma tiene validez”.<sup>207</sup>

Es un lugar común afirmar que dos de las características esenciales de todo líder *populista* son su carisma y su constante recurso a la demagogia. No obstante, no se trata de nociones plenamente intercambiables. Si bien hoy en día resulta difícil pensar en un líder (calificado de) *populista* no carismático; no siempre que se califica a un dirigente político como carismático se afirma igualmente que es un *populista*. Lo mismo sucede con demagogia, si bien en el lenguaje ordinario es común sostener que un líder *populista* es demagógico; no siempre que se afirma que alguien es demagogo se dice por eso mismo que es un *populista*. Parece que después de todo no hay una conexión necesaria entre tales nociones y la de *populismo*. De nuevo, la noción de estilo político es muy amplia y no permite una distinción clara entre *populismo* y otros conceptos.

### 3. *Populismo: una estrategia política*

Una tercera alternativa consiste en considerar al *populismo* como una “estrategia política” para obtener el favor popular. Esta clase de caracterizaciones es construida a partir de los medios y técnicas que los líderes (calificados de) *populistas* han utilizado para conseguir y mantener el apoyo masivo de la población. En primer lugar, se sugiere que los líderes *populistas* tienden a recurrir a programas pauperistas para obtener o mantener apoyo político de los grupos más desaventajados. En estos trabajos son frecuentes las asociaciones entre *populismo* y clientelismo,<sup>208</sup> entendido este

---

<sup>207</sup> Cfr. Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008 (1922), p. 173. En efecto, las encarnaciones del jefe carismático son, además del gran demagogo, el profeta y el jefe militar.

<sup>208</sup> La historia de esta palabra viene desde lejos. Toma su nombre de la “clientela romana”, entendida como una relación de dependencia económica y política entre sujetos de diferente condición. Este tipo de relación, un individuo de alto rango (*patronus*) protegía a sus clientes, los defendía en los tribunales, testificaba a su favor, les asignaba tierras en su propiedad para cultivar y ganado para criar. A su vez, los clientes —por lo general sirvientes liberados o inmigrantes extranjeros que gozaban de la condición de haber sido liberados— correspondían, no sólo mostrando sumisión y deferencia, sino también obedeciendo y ayudando al patrón de diversas maneras, defendiéndolo con armas, testificando a su favor en los tribunales, así como dándole ayuda financiera cuando las circunstancias



último en su sentido moderno, es decir, como la concesión de ventajas o beneficios económicos y/o materiales a cambio de respaldo político. La distribución de prebendas, dádivas y favores a través de redes clientelares sería un instrumento de demostración del interés genuino del líder hacia sus seguidores y de su capacidad para resolver los problemas urgentes de la sociedad.<sup>209</sup> Lo importante es hacer creer o convencer a la ciudadanía que es gracias al líder *populista* —más que por cualquier política pública, institución estatal u organización— que conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno. Desde este punto de vista, la relación entre líderes *populistas* y sus partidarios se funda, entonces, en vínculos personales o, dicho en otras palabras, en los lazos de lealtad que unen a los seguidores con el líder. Líderes como “Perón, Velasco Ibarra Gaitán o Haya de la Torre usaban la propaganda para enmarcar sus figuras como las únicas que podían ayudar a los trabajadores o sectores marginados”.<sup>210</sup> Una idea semejante es formulada a partir de la asociación entre *populismo* y el uso o manipulación política de los programas sociales, el cual puede ser entendido de dos formas: por un lado, como la asignación de incentivos sociales (distribución de despensas o útiles escolares, por ejemplo) a comunidades o grupos para recompensar (o gratificar) su lealtad política o bien para atraer a los votantes opositores y, por otro, como la exclusión (o marginación) de esos beneficios sociales con el fin de penalizar (o castigar) a los sectores o grupos que no simpatizan con (o se oponen a) la orientación política del gobierno.<sup>211</sup> Sin embargo, es cuestionable que el clientelismo

---

lo requerían. Cfr. Mastropaolo, Alfio, “Clientelismo”, en Bobbio, Norberto *et al.* (eds.), *op. cit.*, pp. 115-117.

<sup>209</sup> Sobre este punto véase De la Torre, Carlos, “Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos”, *cit.*; De la Torre, Carlos, “Masas, pueblo y democracia”, *cit.*; De la Torre, Carlos, “Populismo, ciudadanía y Estado de derecho”, en De la Torre, Carlos y Peruzzotti, Enrique (eds.), *op. cit.*, pp. 23-53; Vilas, Carlos M., “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas?...”, *cit.*, pp. 139-146; Panizza, Francisco, *op. cit.*, pp. 42 y 43.

<sup>210</sup> Freidenberg, Flavia, *op. cit.*, p. 242.

<sup>211</sup> Es a partir de esta literatura que en México fue posible plantear la caracterización del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), creado en 1989 por el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari, como un plan *populista*. Uno de los ensayos más conocido en este sentido es el de Dresser, Denise, *Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems: Mexico's National Solidarity Program*, San Diego, Centro de Estudios Norteamericanos-Mejicanos, 1991. Para Roberts, por ejemplo, el carácter populista del programa social mexicano, Pronasol estaba dado —además de su estructura centralizada y su gestión directa y personal a cargo del presidente— por la manipulación de los recursos para construir bases locales de respaldo político para el gobierno y marginar a los partidos políticos de la

y la manipulación de los programas sociales con fines políticos sean prácticas políticas exclusivas de los líderes etiquetados con el rótulo *populista*.

Una de las definiciones más sobresalientes de *populismo* como estrategia política pertenece Kurt Weyland, para quien “populismo es mejor definido como una estrategia política a través de la cual los líderes personalistas buscan o ejercitan el poder de gobierno basados en el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado de un gran número de seguidores que son principalmente desorganizados”.<sup>212</sup> Los dos elementos centrales de esta propuesta (estrechamente vinculados pero distinguibles entre sí) se refieren, por una parte, a la relación “directa” entre el líder y sus simpatizantes y, por otra, a la supuesta desorganización de estos últimos. De acuerdo con Weyland, el primero debe ser entendido como la falta de “mediación organizativa” entre unos y otros.<sup>213</sup> En su lugar, los líderes *populistas* han buscado diversas maneras para demostrar su *cercanía* a la gente, o establecer un “contacto cara a cara” con la misma, entre las que destacan la organización de mítines multitudinarios, la celebración de plebiscitos y transmisiones televisivas o radiofónicas en tiempo real. Uno de los criterios que diferencian a los *populistas* “clásicos” Vargas (Brasil) y Perón (Argentina) —de entre los años treinta hasta los sesenta— de los “neopopulistas” Fujimori y Menem —de los años ochenta y noventa— consiste en los instrumentos que los líderes utilizaron para atraer a sus seguidores. Mientras que los *populismos* “clásicos” recurrieron constantemente a la celebración de congregaciones tumultuarias en las plazas, los “neopopulismos” se valieron principalmente de los medios de comunicación masiva,

---

oposición. Cfr. Roberts, Kenneth M., “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina”, *cit.*, p. 401. Sobre este punto véase también: Knight, Alan, “Populism and Neopopulism in Latin America, especially in Mexico”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 30, núm. 2, 1998, pp. 245 y ss.; Demmers, Jolle, “Neoliberal Reforms and Populist Politics: The PRI in Mexico”, en Demmers, Jolle *et al.* (eds.), *Miraculous Metamorphoses: The Neoliberalization of Latin American Populism*, Londres-Nueva York, Lynne Zed Books, Palgrave, 2001, pp. 150-181.

<sup>212</sup> Weyland, Kurt, *op. cit.*, p. 36.

<sup>213</sup> En el mismo sentido afirma Hermet: “El populismo representa una relación directa y no tradicional entre masas y el líder, que lleva a este último tanto lealtad al primero como su apoyo activo en su búsqueda del poder, esto en función de la capacidad carismática del líder para movilizar la esperanza y la confianza de las masas en la rápida realización de sus expectativas sociales en caso de que adquiera suficiente poder”. Hermet, Guy, *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique, XIX-XX siècle*, Paris, Fayard, 2001, p. 40. Citado por Cedroni, Lorella, “Democrazia e populismo”, *Democrazia e diritto*, núm. 3-4, 2010, nota 12.

especialmente de la televisión, para llegar a la ciudadanía. Una característica compartida por el venezolano Hugo Chávez, quien siendo presidente recurrió reiteradamente a los medios para dirigirse al “pueblo”. Todas las noches aparecía en televisión para comentar los hechos del día, defender sus actos, atacar a sus “enemigos” y, en general, justificar sus actos de gobierno ante el público. Además, tenía un programa semanal llamado “Aló Presidente”, en los cuales los ciudadanos podían hacerle preguntas directamente al primer mandatario.<sup>214</sup> La versión actualizada de esta forma de conectar con la gente en las últimas décadas ha sido potencializada por el cada vez mayor recurso a otros medios electrónicos, como Internet, desde los cuales los actores políticos pueden dirigirse a millones de personas simultáneamente.

La segunda característica distintiva del *populismo* según Weyland consiste en el bajo nivel de organización o completa desorganización de los actores involucrados en los movimientos calificados con ese nombre. De acuerdo con Weyland, la relación entre líderes *populistas* y la ciudadanía es “fluida” (casi personal) y “no institucionalizada”, es decir, no depende de estructuras formales o burocratizadas como serían los partidos, ya sea porque la gente común desconfía de los intermediarios políticos (partidos y asambleas legislativas) o el sistema de partidos está altamente fragmentado y desacreditado. Dicha ausencia es colmada, en cambio, por el liderazgo carismático del jefe político, quien tiene la misión de ser la voz de todos aquellos que se sienten excluidos o marginados de la política nacional. “El líder recurre a la gente para que colabore en su esfuerzo heroico para regenerar a la nación, combatir a los grupos privilegiados que defienden intereses especiales y transformar las «corruptas» instituciones establecidas”.<sup>215</sup> El del líder y seguidores es, sin embargo, un vínculo muy frágil que puede romperse rápidamente si el primero falla en satisfacer las expectativas de los populares. El declive de popularidad de un líder podría amenazar el fundamento mismo del gobierno *populista* y catalizar su colapso. Por ello, advierte Weyland, los *populistas* pueden crear organizaciones o partidos políticos con el fin de “hacer de su carisma una rutina” —en referencia directa a Weber— pero los mantienen bajo un estricto control personal que permite al líder moldear y dominar su or-

<sup>214</sup> Conniff, Michael L., “Neo-populismo en América Latina. La década de los 90 y después”, *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, 2003, p. 36.

<sup>215</sup> Weyland, Kurt, *op. cit.*, p. 36.

ganización, limitando o debilitando severamente su institucionalización. La nota distintiva residiría, entonces, no en la falta de organización, sino en la naturaleza de las formaciones políticas que instituyen los líderes *populistas*, al ser organizaciones que están sujetas a la voluntad (decisiones y caprichos) del líder y tienen muy poca autonomía funcional y operativa respecto del jefe político.<sup>216</sup>

Nótese de inmediato que se revela una inexactitud contraponer al liderazgo carismático a la falta de la organización política porque no son excluyentes entre sí. La existencia de un liderazgo carismático puede ser compatible con aparatos u organizaciones partidistas. Además —como señala Aboy Carles— atribuir a cualquier movimiento político la desorganización de los seguidores es un exceso sin respaldo empírico.<sup>217</sup> Por el contrario, no en pocos casos, los líderes *populistas* —considerados igualmente carismáticos— han creado sus propias asociaciones políticas con miras a contender por el poder. El liderazgo de Juan Domingo Perón, por ejemplo, no hubiese podido consolidarse sin el Partido Peronista y la participación de las organizaciones sindicales, empezando por la Confederación General del Trabajo. El mismo razonamiento vale para el jefe máximo Lázaro Cárdenas y el Partido de la Revolución Mexicana (antecedente del actual Partido Revolucionario Institucional) y Alberto Fujimori, quien lideró diversas agrupaciones políticas que lo llevaron a la Presidencia de Perú en reiteradas ocasiones durante la década de 1990. Pero también para los más recientes casos de Hugo Chávez, fundador del Movimiento Quinta República (en 1997), posteriormente Partido Socialista Unido de Venezuela (a partir de 2007), del exmandatario ecuatoriano Rafael Correa, creador y líder de Alianza País (de 2006 a 2017) y del presidente de Bolivia Evo Morales, cuyo ascenso y mantenimiento en la presidencia no hubiera sido posible sin el apoyo del Movimiento al

---

<sup>216</sup> Freidenberg, Flavia, *op. cit.*, p. 42. Desde esta perspectiva, los partidos *populistas* —supeditados a los intereses de liderazgos personalistas o caudillos— carecerían de una de las características esenciales que sí tienen los partidos institucionalizados: poseer una firme implantación territorial y contar con estatus y procedimientos respetados y valorados. La falta de partidos sólidos crea un mayor espacio para los *populistas*, quienes luego gobiernan sin intentar crear instituciones consolidadas, perpetuando así el ciclo. Sobre este tema véase a Mainwaring, Scott y Scully, Timothy, “La construcción de las instituciones democráticas. Sistemas de partidos en América Latina”, Chile, *CIEPLAN*, 1995. Citado por Dockendorff, Andrés, y Kaiser, Vanessa, “Populismo en América Latina: una revisión de la literatura y la agenda”, *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 24, 2010, p. 36.

<sup>217</sup> *Cfr.* Aboy Carles, Gerardo, *op. cit.*, pp. 94-96.

Socialismo (MAS) y la red de organizaciones sindicatos, indígenas y de campesinos (principalmente cocaleros) que reiteradas veces impulsaron su candidatura.<sup>218</sup>

Sin negar la importancia del liderazgo, las caracterizaciones de *populismo* construidas esencialmente a partir de los atributos personales y estrategias retóricas del líder terminan por otorgar una atención desmedida al papel del jefe político, percibido éste como imprescindible e irremplazable. No se olvide que, a pesar del enorme poder que ejerció sobre la maquinaria partidista y su militancia, el Partido Peronista sobrevivió a la retirada y posterior muerte de Juan Domingo Perón. La aplicación acrítica del concepto weberiano de carisma para connotar las relaciones de mando-obediencia entre el líder *populista* y la ciudadanía corre el riesgo de desatender otros rasgos igual de importantes como los aspectos organizacionales de los movimientos reunidos bajo el apelativo *populista*. Un asunto que requeriría de una mayor profundización empírica.<sup>219</sup> Por ahora basta enfatizar la necesidad de diferenciar entre la crítica que los *populistas* hacen de los partidos existentes y la forma en que han competido por el poder ya que, como se ha visto, la retórica “antipartidista” del *populismo* no implica necesariamente que éstos carezcan del respaldo de instituciones o agrupaciones políticas.

#### 4. *Populismo: ¿una ideología?*

Con particular fuerza en las últimas décadas, en buena parte de la literatura se ha abierto camino la conceptualización de *populismo* a partir de ciertas connotaciones ideológicas. Una de las propuestas pioneras de este tipo pertenece a Loris Zanatta,<sup>220</sup> construida, no a partir de abstracciones

<sup>218</sup> Sobre este punto véase a Roberts, Kenneth M., “Latin America’s Populist Revival”, *cit.*

<sup>219</sup> Se sospecha que los *populismos* latinoamericanos tienden a formar agrupaciones políticas que carecen de programas ideológicos bien definidos, son levemente institucionalizadas (o poco burocratizadas) y configuradas de manera “autocrática”, esto es, que concentran amplios poderes en las manos del líder partidista. Sin embargo, escasean los esfuerzos empíricos sobre este punto. Ya desde los años sesenta, Alan Angell ofrecía una caracterización similar de los partidos *populistas*. Cfr. Angell, Alan, *Party System in Latin America and Caribbean*, Nueva York, Frederick A. Publisher, 1968, pp. 356-364.

<sup>220</sup> Sobre el autor consúltese Zanatta, Loris, “Populismo, uno stile politico per l’America Latina”, *Il Mulino*, núm. 3, 1999, pp. 554-566; Zanatta, Loris, “Il populismo. Sul nucleo forte di un’ideologia debole”, *Polis*, año XVI, núm. 2, 2001, pp. 263-292; Zanatta, Loris, “Io, il popolo. Note sulla leadership carismatica nel populismo latinoamericano”,

sin sustento empírico, sino como resultado de largas reflexiones sobre los fenómenos *populistas*, primero de América Latina y, más tarde, de Europa, en particular del caso italiano. No obstante, es Latinoamérica la región que se ha ganado la fama de laboratorio del *populismo*<sup>221</sup> o, bien, de paraíso *populista*.<sup>222</sup> En efecto, la expresión más “pura” y acabada de *populismo* por varios especialistas es representada por el *peronismo*.<sup>223</sup> De acuerdo con esta prospectiva, en las experiencias políticas de Perón, Vargas y Cárdenas junto con las de Chávez y Morales, es posible identificar algunas características recurrentes que permiten hablar de *populismo* como una ideología en el sentido más amplio del término, es decir, como “un conjunto de valores que, a pesar de no estar estructurados de forma sistemática, configura una visión del mundo político”.<sup>224</sup>

A pesar de las polémicas, dicha tesis parece resistir a las objeciones. Primero, suele decirse que, a diferencia de las ideologías clásicas como el liberalismo o el socialismo, los movimientos (calificados como) *populistas* no tienen una posición clara y neta respecto a algunos problemas políticos fundamentales relacionados con grandes principios como la igualdad, la libertad, el orden público y, más en general, la justicia social.<sup>225</sup> En este sentido —se afirma— los partidos *populistas* carecen de grandes visiones o

---

*cit.*; Zanatta, Loris, “Il populismo: una moda o un concetto?”, *Ricerche di Storia Politica*, año VII, núm. 3, 2004, pp. 329-333; Zanatta, Loris, “Il populismo come concetto e come categoria storiografica”, en Giovagnoli, Agostino y Del Zanna, Giorgio (eds.), *Il mondo visto dall'Italia*, Milán, Guerini e Associati, 2004, pp. 195-207; Zanatta, Loris, “Il populismo in America Latina. Il volto moderno di un immaginario antico”, *Filosofia Politica*, año XVIII, núm. 3, 2004, pp. 377-389. Véase también, Zanatta, Loris, *Il populismo*, Roma, Carocci, 2013 [trad. esp., *El populismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2014]. Esta obra es una recopilación, con algunas modificaciones y adiciones de sus trabajos sobre el tema antes citados.

<sup>221</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo. Sul nucleo forte di un'ideologia debole”, *cit.*, p. 122.

<sup>222</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo come concetto e come categoria storiografica”, *cit.*, p. 199.

<sup>223</sup> *Cfr.* Zanatta, Loris, “Il populismo. Sul nucleo forte di un'ideologia debole”, *cit.*, p. 280; Taggart, Paul, *op. cit.*, pp. 101 y 102; Taguieff, Pierre-André, *op. cit.*, pp. 46-54; Losano, Mario G., “Ancora sui termini «peronismo» e «giustizialismo» dal sudamerica all'Italia, e ritorno”, *Teoria politica*, XX, 2004, p. 17; Chiapponi, Flavio, *Il Populismo nella prospettiva della scienza politica*, Génova, Erga Edizioni, 2014, pp. 149-167. Véase también a Canovan, Margaret, *op. cit.*, pp. 143-151.

<sup>224</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo in America Latina. Il volto moderno di un immaginario antico”, *cit.*, p. 381.

<sup>225</sup> De acuerdo con Taggart, “el populismo carece de un vínculo con los valores fundamentales. Mientras que otras ideologías se basan, implícita o explícitamente, en uno o más valores como la igualdad, la libertad o la justicia social, el populismo no tiene un núcleo central de valores. Esto explica por qué una gama tan amplia de posiciones políti-

proyectos ideológicos comprehensivos. Así lo confirmaría el hecho de que los mismos *populistas* declaran expresamente no pertenecer o no reconocerse en ninguna de las posiciones ideológicas tradicionales, de derecha o izquierda. Segundo, podría objetarse que los *populistas*, no sólo no pueden ser identificados con orientaciones ideológicas precisas y coherentes sino, que definen su posición mediante una actitud prevalentemente “reactiva”, y por tanto negativa antes que a partir de una posición propositiva respecto de las condiciones políticas, sociales y económicas vigentes. Taggart sostiene, por ejemplo, que los *populistas* suelen tener más claro a qué se oponen, pero no aquello sobre lo que están a favor.<sup>226</sup> Tercero, es posible argüir que, aunque se aceptara la posibilidad de reconstruir la noción de *populismo* a partir de un conjunto de connotados “ideológicos”, no tendrían el grado de “sofisticación intelectual” ni la consistencia teórica o coherencia interna de las ideologías clásicas como el liberalismo o el socialismo.<sup>227</sup>

De acuerdo con los estudiosos que sostienen que el *populismo* puede ser interpretado como una especie de ideología, sería posible identificar un núcleo típico de tesis compartidas por ciertos sujetos políticos, justamente los que suelen agruparse en la categoría de *populismo*, a pesar de que se trate de partidos o movimientos y líderes con orientaciones programáticas muy distintas.<sup>228</sup> Aquellos que adoptan esta perspectiva sugieren que la palabra ideología, aplicada a la de *populismo*, no debe ser entendida en sentido fuerte, como un sistema elaborado de creencias, principios y/o valores, sino en sentido débil y lato del término: como un conjunto de ideas que, a pesar de no alcanzar la forma de un sistema elaborado y acabado de ideas, se presenta como una visión general del mundo en sí mis-

---

cas puedan ser vinculadas con el populismo. Y también explica por qué el populismo está asociado a menudo a otras ideologías”. Taggart, Paul, *op. cit.*, pp. 13 y 14.

<sup>226</sup> Taggart, Paul, “Populism and the Pathology of Representative Democracy”, en Mény, Yves y Surel, Yves (eds.), *Democracies and the Populist Challenge*, *cit.* pp. 72. Ya en los años setenta, Ionescu y Gellner afirmaban que el populismo podría ser caracterizado como un movimiento “anti”: anticapitalista, antimperialista, anti-*establishment*, antisemita, xenófobo, etcétera. Ionescu, Ghita y Gellner, Ernest (coords.), *op. cit.*, p. 10.

<sup>227</sup> Sobre este punto consúltese a Aslanidis, Paris, “Is Populism an Ideology? A Refutation and a New Perspective”, *Political Studies*, vol. 64, 2016, pp. 88-104. Es importante observar que, a pesar de que este autor desestime la posibilidad de tratar al *populismo* como una ideología, ratifica completamente las principales tesis que caracterizarían a la visión del mundo *populista*: la supremacía de la soberanía popular y el antagonismo pueblo-élite.

<sup>228</sup> *Cfr.* Canovan, Margaret, “Taking Politics to the People: Populism as the Ideology of Democracy”, Mény, Yves y Surel, Yves (eds.), *op. cit.*, pp. 30-32; Mudde, Cas, *The Populist Zeitgeist*, *cit.*, pp. 543 y 544; Chiapponi, Flavio, *op. cit.*, p. 76.

mo no ubicable de manera precisa o exacta en el eje izquierda-derecha.<sup>229</sup> Entendido de esta manera, el término *populismo* sería útil para denotar un esquema interpretativo a partir del cual los individuos y grupos organizados pueden dotar de sentido sus propios juicios de valor y estrategias políticas.<sup>230</sup> En las siguientes líneas ofrezco una reconstrucción de las afirmaciones que componen la noción ideológica de *populismo*.

En primer lugar, el *populismo* postula la centralidad del “pueblo” como fuente indiscutible de legitimidad política. Los *populistas* están convencidos de representar los intereses y aspiraciones del “pueblo” en su conjunto. Una palabra potente —advierte Zanatta— pero carente de un contenido específico. La idea de pueblo es una abstracción, una invención intelectual, cuya fuerza evocativa reside precisamente en su propia polisemia, es decir, en la multiplicidad de significados que puede adquirir, muchas de las veces, superponibles entre ellos:<sup>231</sup>

A veces es el pueblo soberano despojado de sus derechos por parte de una clase política que ha tomado la forma de una oligarquía autorreferencial; otras veces es el pueblo entendido como una clase formada, comúnmente, por los sectores más débiles y sin voz de la sociedad, quienes viven de su propio trabajo y reclaman soberanía y derechos para sí frente a los poderosos que se aprovechan de los esfuerzos del pueblo; casi siempre es el pueblo de la nación, o de una supuesta comunidad territorial y cultural, concebida como guardiana de la identidad colectiva, de sus características lingüísticas, religiosas, étnicas o culturales.<sup>232</sup>

---

<sup>229</sup> Precisamente por el carácter “débil” de este tipo de ideología, algunos estudiosos se muestran reacios a utilizar esta misma palabra y recurren a expresiones más vagas como “forma mentis” o “mentalidad”. Cfr. Pasquino, Gianfranco, *Populism and Democracy*, The Johns Hopkins University-The Bologna Center, num. 3, 2005, pp. 3-37; Tarchi, Marco, *Italia populista. Dal qualunquismo a Beppe Grillo*, Bologna, Il Mulino, 2015, pp. 50-52 y 77.

<sup>230</sup> Para Mény y Surel, el *populismo* “no parece constituir un sistema ideológico capaz de dar a vida a una tradición particular, siguiendo el ejemplo de otras corrientes de pensamiento”. Por lo tanto, no podemos hablar de un partido *populista* en el mismo sentido que de un partido comunista o un partido liberal”. Aún así el *populismo* denota, según los autores, un “esquema ideológico” en el sentido de que proporciona periódicamente algunos vectores de sentido que nos permiten entender tanto la situación vivida como crítica tanto de las estructuras como de los esquemas políticos vigentes”. Cfr. Mény, Yves y Surel, Yves, *Populismo e democrazia*, cit., pp. 170, 239 y 278.

<sup>231</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo come concetto e categoria storiografica”, cit., p. 204.

<sup>232</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo. Sul nucleo forte di un’ideologia debole”, cit. p. 266; Zanatta, Loris, *Il populismo*, cit., p. 18. Zanatta se refiere a los tres significados más recurrentes de la palabra pueblo” identificados en Mény, Yves y Surel, Yves, *op. cit.*, pp. 167-207.



En cualquier caso, la acepción *populista* de “pueblo” no refiere exactamente a una asociación voluntaria de individuos iguales sobre la que la ideología liberal-democrática moderna sienta el principio de soberanía popular sino, por el contrario, “evoca un imaginario social latente y «antiguo» en el que el pueblo es concebido como una unidad indiferenciada que trasciende a los individuos, fundada, la mayoría de las veces, en vínculos culturales, étnicos o religiosos”.<sup>233</sup>

En segundo lugar, para Zanatta el *populismo* —en evidente contacto con la sofisticada teoría de Ernesto Laclau y demás proposiciones que lo analizan esencialmente como un fenómeno discursivo— presenta una visión maniquea del mundo político.<sup>234</sup> Es una ideología que contrapone al “pueblo” a sus “enemigos”, comúnmente las élites —políticas, económicas, intelectuales— encarnadas indistintamente por los partidos políticos tradicionales, las potencias económicas, agentes financieros, los intelectuales y, en general, por todos aquellos que en conjunto son culpables de haberse interpuesto entre el “pueblo” y el ejercicio del poder —al mismo tiempo político y económico— y de haber usurpado al primero su soberanía. Al final, la categoría “enemigos” puede ser extendida a todos aquellos portadores de ideologías, posiciones u orientaciones políticas contrarias o incompatibles con los (supuestos y pretendidos) intereses del “pueblo”. Perón era claro cuando afirmaba: “quien no lucha contra el enemigo ni por la causa del pueblo, es un traidor. Quien lucha contra el enemigo y por la causa del pueblo, es un compañero”.<sup>235</sup>

En tercer lugar, el *populismo* representa una protesta en contra del *status quo*, en tanto que ofrece una interpretación crítica de las estructuras y esquemas de poder hegemónicos que sostienen al reino de la oligarquía, a partir de una lectura maniquea de la política.<sup>236</sup> En las apelaciones discursivas de cualquier líder *populista* no puede faltar la denuncia de las clases políticas en el poder, los burócratas gubernamentales y los partidos políticos en su conjunto como traidores de los intereses populares y la presentación de sí mismos como los verdaderos salvadores de la patria, quienes

<sup>233</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo come concetto e categoria storiografica”, *cit.*, p. 204.

<sup>234</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo. Sul nucleo forte di un’ideologia debole”, *cit.*, p. 269.

<sup>235</sup> Perón, Juan Domingo, “Conducción política y guerra integral”, en *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*, segunda parte. Transcripción del material filmico realizado por el *Cine Liberación*, Madrid, 1975.

<sup>236</sup> Zanatta, Loris, “Io, il popolo. Note sulla «leadership» carismatica nel populismo latinoamericano”, *cit.*, p. 434.

con la ayuda del “pueblo” podrán finalmente transformar el orden político y económico instaurado por las élites, principal fuente de los males y desigualdades que afligen a la sociedad. Los *populismos* latinoamericanos nacen como promesas de redención de la soberanía popular pisoteada por tal o cual élite: por ejemplo, la autocracia mexicana consolidada por el “Porfiriato” en México (según el *cardenismo*), por la democracia fraudulenta de la “Concordancia argentina” de los años treinta (para el *peronismo*), por el pacto oligárquico brasileño de la “República vieja” (combatida por el *varguismo*) hasta la “partidocracia” peruana y venezolana de los años noventa, y así sucesivamente.<sup>237</sup>

Algo que une especialmente a Perón con otros líderes como Chávez, Correa y Morales es que, a pesar de haber llegado al poder mediante elecciones y de actuar en el marco de los sistemas políticos vigentes, no resistieron invocar a la “revolución” como una nota característica de los movimientos que encabezaron.<sup>238</sup> No obstante, los *populismos* latinoamericanos —advierte Loris Zanatta— no han sido propiamente revolucionarios, al menos no en la acepción más común del término, porque no

---

<sup>237</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo in America Latina. Il volto moderno di un immaginario antico”, *cit.*, p. 385.

<sup>238</sup> Los *populistas* latinoamericanos más recientes, Evo Morales (Bolivia), Rafael Correa (Ecuador) y Hugo Chávez (Venezuela), invariablemente dijeron encabezar verdaderos procesos “revolucionarios”. La misión de Chávez era liderar la revolución bolivariana que construiría el “socialismo del siglo XXI”. Rafael Correa era el líder de la “revolución ciudadana” que buscaba rescatar la soberanía nacional y favorecer a los pobres con políticas redistributivas. La de Morales era llevar a cabo una “revolución cultural” anticolonial y la creación de una sociedad plurinacional en la que coexistiera la democracia representativa con formas comunales e indígenas de democracia. Sobre este tema véase: Acosta, Vladimir, “El socialismo del siglo XXI y la revolución bolivariana. Una reflexión inicial”, en López Maya, Margarita (ed.), *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Alfa, 2007, pp. 21-31; Sanjuan, María, “La esencia social de la revolución bolivariana en Venezuela: una mirada preliminar sobre sus fortalezas y debilidades”, en Peruzzotti, Enrique et al. (comps), *La ‘Nueva Izquierda’ en América Latina: derechos humanos, participación política y sociedad civil*, The Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2009, pp. 129-162; Conaghan, Catherine, “Ecuador: Rafael Correa and the Citizen’s Revolution”, en Levitsky, Steven y Roberts, Kenneth M. (eds.), *op. cit.*, pp. 260-283; Montúfar, César, “Rafael Correa and His Plebiscitary Citizen’s Revolution”, en Arnson, Cynthia y De la Torre, Carlos (eds.), *op. cit.*, pp. 295-323; Mayorga, Fernando, “Bolivia: populismo, nacionalismo e indigenismo”, en Cheresky, Isidoro (ed.), *¿Qué democracia en América Latina?*, Buenos Aires, CLACSO-Prometeo, 2012, pp. 235-251; Velázquez Ramírez, Adrián y Duárez Mendoza, Jorge, “Cambio político y cambio conceptual. Las variantes populistas y comunitaristas de la representación en Argentina y Bolivia”, en Vázquez, Daniel (coord.), *De la democracia liberal a la soberanía popular*, Buenos Aires, CLACSO, 2015, vol. 1, pp. 35-66.

han pretendido transformar de manera imprevista y violenta el *status quo*. Aunque radical y en ocasiones violento en su lenguaje dicotómico, el *populismo* no parece estar intencionado a volcar el orden político y económico de las clases dominantes. Se propone, en cambio, restablecer la unión armónica entre las partes integrantes de la sociedad, desde la convicción de que el poder adquirido por algunas élites haya destruido la unidad del “pueblo”.<sup>239</sup>

La peculiar “revolución” *populista* mira a restablecer el equilibrio entre los distintos miembros del organismo social con el fin de que puedan contribuir, al unísono, a la obtención del bien común; “sólo una sociedad que recupere las características de una comunidad orgánica será un pueblo que regresará a ser depositario de la soberanía” de acuerdo con la concepción de “comunidad organizada” formulada por el *peronismo*.<sup>240</sup> Esta particular perspectiva pareciera decantar en una noción holista del pueblo, en el que a cada “parte” que lo compone le corresponde una función determinada en aras del interés general; “un organismo viviente, en el que sus diversos órganos deben armonizarse para asegurar su salud, aplastando el conflicto y las diferencias como enfermedades que amenazan su existencia”.<sup>241</sup> Por consiguiente, no sería temario sostener que el *populismo* suele ser “refractario del pluralismo, en el cual no ve la fisiología resultante de la diferenciación social sino una manifestación patológica de las divisiones artificiales que minan la salud del organismo, de la comunidad. Como tal, el pluralismo es una enfermedad que erradicar”.<sup>242</sup>

---

<sup>239</sup> Como señala Zanatta, Perón, Chávez, Vargas y Cárdenas, por mencionar sólo algunos, nunca han pretendido destruir el capital o “socializar” los medios de producción, si acaso, “humanizar” el capitalismo para hacerlo compatible con la salud y la armonía de la sociedad y el bienestar del pueblo. Zanatta, Loris, “El populismo in America Latina. Il volto moderno di un immaginario antico”, *cit.*, p. 386.

<sup>240</sup> Zanatta, Loris, *Il peronismo*, Roma, Carocci, 2008, pp. 82-87 [trad. esp. *Breve historia del peronismo clásico*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009]. Sobre este punto véase también Zanatta, Loris, “El peronismo clásico y la vía holística a la democracia, en Novaro, Marcos (ed.), *Peronismo y democracia*, Buenos Aires, Edhasa, 2014, pp. 79-103.

<sup>241</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo come concetto e categoria storiografica”, *cit.*, p. 205; Zanatta, Loris, *Il populismo*, *cit.*, p. 21.

<sup>242</sup> Zanatta, Loris, “Io, il popolo. Note sulla «leadership» carismatica nel populismo latinoamericano”, *cit.*, p. 43. De acuerdo con Zanatta, el imaginario populista tiende a recrear la armonía social, eliminando los conflictos que juzga patológicos, lanzándose contra de quienes considere culpables de haber asumido demasiado poder o riqueza. Zanatta, Loris, *Il populismo*, *cit.*, p. 40.

Los líderes *populistas* no pueden carecer de al menos dos atributos: estar dotados de una patente de “semejanza” con el “pueblo” y de un certificado de “no pertenencia”<sup>243</sup> a las élites políticas que critican. Con base en el primero, los líderes *populistas* se erigen como portavoces del “pueblo”, del cual imitan o personifican el modo de pensar, de expresarse, de vestir, de comer, de divertirse.<sup>244</sup> En efecto, es indispensable que intenten asemejarse al “pueblo” en nombre del cual pretenden hablar, o al menos comportarse como si se asemejasen a él: deben compartir o adoptar su lenguaje, su estilo, sus gustos, sus costumbres; deben hacerlo sentir escuchado, conmoverlo con una visión simplificada del mundo.<sup>245</sup> Por otro lado, los líderes *populistas* tienden a presentarse a la opinión pública como personas extrañas (*outsiders*) al sistema político, del universo de la “oligarquía”, el enemigo declarado del “pueblo”, ya sea porque sean ajenos a él, porque hayan sido excluidos o hayan renunciado al mismo.

Por último, los *populistas* —se dice— adoptan o proponen versiones de “democracia orgánica”<sup>246</sup> o “plebiscitaria”.<sup>247</sup> El *populismo* aspira a una democracia “pura” o “verdadera”, en la cual el “pueblo” pueda recuperar el poder soberano que le ha sido arrebatado por las élites políticas y económicas que han logrado escapar de su control. “La verdadera democracia es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende

---

<sup>243</sup> La expresión es de Hermet, Guy, *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique. XIXe-XXe siècle*, París, Fayard, 2001, p. 86. Citado por Zanatta, Loris, Loris Zanatta, “Il populismo. Sul nucleo forte di un’ideologia debole”, *cit.*, p. 269.

<sup>244</sup> Zanatta, Loris, *Il populismo*, *cit.*, p. 26.

<sup>245</sup> Zanatta, Loris, “Io, il popolo. Note sulla «leadership» carismatica nel populismo latinoamericano”, *cit.*, p. 437. Es precisamente a raíz de aspecto que la ideología *populista* propone una especie de “democracia de la encarnación” o “democracia de la semejanza” entre representantes y representados. Según el autor, “las formas en que se establece esta semejanza varían de un caso a otro y dependiendo del contexto: desde la interpretación de las connotaciones étnicas del líder a las de su origen territorial, desde el uso de su fe religiosa a la de su manera de vestir, desde la de sus gustos musicales a la utilización de cierto tipo de lenguaje popular o de ciertos tipos de comportamiento fácilmente reconocibles”. Zanatta, Loris *Il populismo*, *cit.*, p. 26. Pero también, Zanatta, Loris “Il populismo. Sul nucleo forte di un’ideologia debole”, *cit.*, p. 267 y Zanatta, Loris, “Il populismo come concetto e categoria storiografica”, *cit.*, p. 205.

<sup>246</sup> Zanatta emplea la expresión “democracia orgánica” en virtud de que la concepción del pueblo como ente monolítico termina por expresarse con una sola voz, la del líder, cuya misión no es representar sino más bien “encarnar” a su pueblo, del que constituye el *medium* hacia su redención y salvación. Zanatta, Loris, “Il populismo in America Latina. Il volto moderno di un immaginario antico”, *cit.*, p. 382.

<sup>247</sup> Zanatta, Loris, “Populismo, uno stile politico per l’America Latina”, *cit.*, p. 556.

un solo interés: el del pueblo”, recitaba la primera de *Las veinte verdades peronistas*.<sup>248</sup> La forma democrática que invocan los *populistas* promete ser la expresión “directa” de la gente, sin intermediaciones y emancipada de la trampa de la representación.<sup>249</sup> Se trata de una especie de democracia que trascienda toda forma de intermediación política impuesta por las instituciones representativas, basada, en su lugar, sobre un vínculo inmediato entre la ciudadanía y aquel sujeto que encarna la identidad del “pueblo”. Una democracia en la cual los gobernantes estén en contacto instantáneo y permanente —y por eso mismo sin mediaciones abstractas e impersonales— con la gente. Los espacios por excelencia del líder *populista* son la plaza, el balcón, o el local público donde suena la radio, se ve la televisión y, actualmente, también desde las plataformas de Internet.<sup>250</sup>

Las proposiciones que componen la noción ideológica de *populismo*, observa Zanatta, pueden presentar algunas variaciones según los contextos históricos, culturales y políticos de que se trate —en tanto que todo conjunto de valores e ideales es maleable y adaptable—pero la *forma mentis* es siempre la misma. Como tendremos oportunidad de constatar más adelante, el núcleo ideológico de *populismo* construido desde las experiencias latinoamericanas no presenta diferencias significativas respecto de los ejemplos europeos, al contrario, es precisamente partir del mismo que es posible trazar algunas continuidades entre unos y otros casos. La noción ideológica de *populismo* se ha afirmado particularmente en el debate académico especializado europeo, aunque con algunas variantes.

---

<sup>248</sup> Se trata de un panfleto que recoge los principios que inspiran al *peronismo* y que fueron pronunciados por Juan Domingo el 17 de octubre de 1950, durante el festejo del quinto aniversario del “Día de la Lealtad” del pueblo hacia su jefe. Dicho documento fue distribuido entre las masas como adoctrinamiento popular.

<sup>249</sup> Zanatta, Loris, “Il populismo come concetto e categoria storiografica”, *cit.*, p. 205.

<sup>250</sup> Zanatta, Loris, “Io, il popolo. Note sulla «leadership» carismatica nel populismo latinoamericano”, *cit.*, p. 438.